

MARY ROJAS

LA

EX

*del Jefe*

©LA EX DEL JEJE ©  
MARY ROJAS  
©PRIMERA EDICIÓN : 2022 ©  
SEGUNDA EDICIÓN :2023 ©  
TERCERA EDICIÓN: 2024

México.

**Facebook:** @Mary Rojas  
**Instagram:** @mary\_rm\_96

**Corrección y Revisión:**  
Johana Calderon José  
Barreto

**Diseño de portada y Diagramación:**  
Johana Calderon  
Yosoy@johana-calderon.com

**Registro SafeCreative**  
ISBN: 9789403721316

**Reimpresión 2024: Bookmundo**

**Editorial: Indigo Libros**

**© Todos los derechos reservados**

Prohibida la distribución total o parcial de este libro, tampoco puede ser registrada en o tramitada por un Sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, por fotocopia o cualquier otro, sin la autorización expresa y por escrito de la autora.

*Para Santiago, que me  
hizo ser la protagonista  
enamorada en su propia  
historia.*



# ÍNDICE

Prólogo .....	7
Capítulo 1 .....	13
Capítulo 2 .....	25
Capítulo 3 .....	41
Capítulo 4 .....	59
Capítulo 5 .....	75
Capítulo 6 .....	95
Capítulo 7 .....	115
Capítulo 8 .....	135
Capítulo 9 .....	151
Capítulo 10 .....	161
Capítulo 11 .....	171
Capítulo 12 .....	179
Capítulo 13 .....	189
Capítulo 14 .....	205
Capítulo 15 .....	221
Capítulo 16 .....	237
Capítulo 17 .....	253
Capítulo 18 .....	267
Capítulo 19 .....	271
Capítulo 20 .....	287
Capítulo 21 .....	307
Capítulo 22 .....	323
Capítulo 23 .....	341

Capítulo 24 .....	353
Capítulo 25 .....	369
Capítulo 26 .....	389
Capítulo 27 .....	403
Capítulo 28 .....	415
Epílogo .....	423
Agradecimientos .....	433
Biografía .....	435
Lista de novelas .....	437

# PRÓLOGO



2017

*El corazón aún me late a mil por hora por la información que Lisette me dio nada más llegar a Londres.*

*Saco las llaves de mi bolsa con las manos temblorosas, pero estas se me caen, haciendo ruido en el piso. Maldigo entre dientes mientras me agacho para recogerlas, tratando de que no vuelvan a sonar y arruinar mi llegada sorpresa al departamento que comparto con mi prometido.*

*«Por favor que no sea verdad, que todo sea un malentendido», rezo en mi mente. La sangre circula de forma pesada por todo mi cuerpo y siento mi corazón en la garganta.*

*Giro la llave, presa del pánico que me invade, pero no hay marcha atrás. Voy a llegar hasta el fondo de esto y espero que lo que encuentre sea el silencio más absoluto, que mi amado novio esté trabajando como se supone que debería estar haciendo, al no saber que adelanté mi llegada.*

*Las luces están apagadas y esa es buena señal. Tampoco hay jadeos, gemidos o algún otro ruido que indique que él esté siéndome infiel en nuestra casa.*

*Casi me echo a reír por lo ridículo de mi comportamiento mientras cierro la puerta, parezco un personaje de las telenovelas que ve mi mamá, justo antes del momento en que*

*encontrará al esposo con su amante. Aun así, mi lado paranoico me pide que me quite los zapatos y vaya a la habitación principal, aquella donde tantas veces Alexander me ha hecho suya y me juró que me amaría para siempre.*

*Dejo la bolsa y las llaves sobre la mesa; me quito los zapatos y camino descalza hasta la habitación, cuya puerta está entreabierta. Doy un suspiro casi inaudible y entro, encendiendo la luz, para encontrarme con una escena que jamás habría querido ver.*

*Alexander duerme plácidamente al lado de una mujer rubia, que nunca he visto antes, que lo abraza por la espalda.*

*Ambos están desnudos en nuestra cama.*

*A pesar del dolor y la desolación que me invaden, también me lleno de rabia mientras camino con lentitud hacia Alexander, acaricio su atractivo rostro, como hago cada mañana para despertarlo. Sus ojos grises se abren de inmediato y la sorpresa es evidente en él.*

*—¿Mi amor? —jadea emocionado, y eso me confunde por un segundo. Me causa más dolor la forma amorosa en la que me mira—. ¿Cuándo llegaste...?*

*—Llegué justo a tiempo para darme cuenta de tus porque-rías —espeto, sin poder controlar la ira y el creciente odio que me carcome.*

*—¿De qué...?*

*Su pregunta se ve interrumpida por los soniditos que hace la rubia, que se despierta desorientada y se separa de su cuerpo. Al verme, sonrío de una manera burlona y yo resisto las ganas de tomar su cabello teñido y arrastrarla por todo el departamento.*

*Alexander da un salto en la cama, quedando sentado de*



*lado para ver a su amante, que está cubierta por nuestra sábana blanca. Mi novio tiene puesto el bóxer, pero eso no significa nada, bastantes veces me ha hecho el amor con la ropa puesta.*

*—Me voy —anuncio de forma calmada, a pesar de que me estoy muriendo por dentro. Alexander gira la cabeza hacia mí y se levanta rápidamente.*

*—Princesa, no es lo que crees... —me dice lleno de pánico, tratando de acercarse a mí. Yo alzo los brazos para indicarle que no lo haga, pero me ignora y me toma de estos mientras yo me retuerzo para que me suelte.*

*—¡No quiero escucharte! ¡Todo está muy claro! —bramo llena de dolor.*

*—Por favor, escúchame —suplica con desesperación.*

*—No, te vas a la mierda, Radcliffe. No quiero volver a saber jamás de ti.*

*Logro liberarme de sus brazos y salgo corriendo de aquella asquerosa habitación. Las lágrimas empañan mi vista, siento que me tiemblan las piernas, pero a pesar de ello consigo llegar al comedor sin tropezarme. Recojo mi bolsa y las llaves con rapidez, dispuesta a salir de aquí lo antes posible.*

*—Nena, por favor hablemos —insiste Alexander corriendo detrás de mí—. No voy a dejar que te vayas, no puedo estar sin ti.*

*—Claro que puedes —respondo con cinismo—. Tienes a esa rubia esperándote en tu habitación.*

*—Es nuestra habitación —su voz tiembla y sus ojos se vuelven llorosos.*

*—Peor aún —digo asqueada y le lanzo las llaves a su pecho*

*desnudo—. Ni siquiera eso pudiste respetar.*

*—Valeria, yo te amo. No sé cómo pasó esto, pero si me dejas explicar...*

*—¡No quiero que me expliques nada! —se me quiebra la voz, no quiero llorar frente a él—. Es más que obvio cómo pasó todo esto. No tienes vergüenza, ¡infeliz!*

*Giro sobre mis pies y me dirijo a la puerta, pero Alexander pone una mano sobre esta para impedirme salir, acorralándome contra esta, pegando su cuerpo a mi espalda.*

*—No te vas a ir, eres mi mujer, mi futura esposa —me susurra al oído y me estremezco—. Solo tengo ojos para ti.*

*—Solo tienes ojos para mí, pero tu amigo no se ha enterado —contesto irónica, refiriéndome a su miembro.*

*—Él, más que nadie, te desea solo a ti —responde juguetón y eso me provoca náuseas. ¡Maldito cínico!*

*—Déjame pasar que me quiero ir —insisto, aferrando la perilla, sin embargo, él me hace girar para quedar frente a frente.*

*—¡No! ¡No te vas a ir! Me amas y me vas a escuchar.*

*—¿Y qué me vas a decir? ¿Vas a negar que estabas con otra mujer en nuestra cama? ¡Nuestra cama! —lo acuso, perdiendo el control. Estoy a punto de echarme a llorar, pero no puedo dejar que me vea así, no puedo permitir perder más mi dignidad.*

*—¡No sé qué pasó! —exclama aferrándome por los brazos, pero lo sacudo con fuerza y él insiste en volver a agarrarme—. ¡No la conozco! ¡Ni siquiera sé quién es!*

*Esas palabras son peores, en este momento no puedo pensar en otra cosa que en la posibilidad de que Alexander me haya*

*sido infiel un montón de veces, con aventuras de una noche, con mujeres a las que ni siquiera conoces.*

*¡Qué asco!*

*—Chiquita... —dice mi apodo con ese tono de voz que siempre hace que mi corazón se ablande, sin embargo, ahora, solo consigue que este se rompa, que se convierta en algo frío y duro que se está muriendo lentamente.*

*—No, Alexander... —Lo empujo, poniendo distancia entre los dos.*

*—Valeria, nosotros nos amamos... ¿verdad? —pregunta con nerviosismo, lo puedo ver en sus ojos.*

*—No... Ya no te amo... Por eso no te quiero escuchar —miento con contundencia, dejándolo pasmado.*

*Alexander se aleja de mí con una expresión de agonía, como si le faltara el aire.*

*—Me estás mintiendo. Por favor, dime que no es cierto, por favor, no —suplica, sujetándose la cabeza con ambas manos, echándose a llorar—. Tú me amas, yo soy tu cielo, tú eres mi princesa. Nos amamos, ¡por Dios!*

*—Por eso nunca te llamé, no sabía cómo decirte que ya no te amo. Y ahora que vi esto, mucho menos. Toma. —Me quito el anillo de compromiso y se lo lanzo a la cara.*

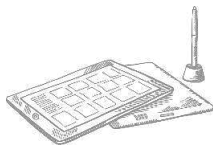
*Con esa mentira logro que Alexander me deje ir.*

*Y al marcharme, toda mi vida y mis sueños se quedan con él.*



# CAPÍTULO 1

## *Reencuentros*



2020

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —me pregunta mi hermana por milésima vez mientras me ve cerrar mi maleta—. Volver a Londres y trabajar como asistente de vicepresidencia en Heartland es ir a toparse cara a cara con...

—Estoy segura —la interrumpo con una sonrisa, divertida por su actitud—. ¿Qué pasa si me lo llego a encontrar? Nada, no pasaría nada porque ya lo superé. Tengo todo bajo control.

Sara eleva su ceja maquillada a la perfección, es obvio su escepticismo, no me cree nada de lo que digo, lo cual hiere un poco mi ego.

—Sara, esta es una oportunidad única, independiente de que ese cabrón sea el dueño. James, su hermano, confía en mí para este puesto —suspiro—. Él es el único de su familia que me apoyó cuando pasó todo.

—Esto va a acabar muy mal —vaticina con una expresión de preocupación. Yo solo pongo los ojos en blanco.

—Tranquilízate ya, que no es para tanto. Seguro que Alexander ya debió superarme y lo que menos le importa en el mundo es mi existencia. —Me encojo de hombros.

—Pero irás a recordárselo. —Entorna los ojos en mi dirección.

—Pues mejor, para que aprenda lo que es la vergüenza — me carcajeo y bajo la maleta de mi cama, aliviada por haberla podido cerrar.

Sara suelta un gruñido por lo bajo y sale de nuestra habitación de forma dramática. Sé que está en lo absoluto en contra de lo que voy a hacer porque se preocupa por mí. Lo que sucedió con Alexander me rompió en mil pedazos y pasé por un largo proceso para poder sanar, desgastando emocionalmente también a mi familia, la cual pasaba, de forma paralela, por una situación peor.

Entiendo a mi hermana a la perfección, y es bastante probable que yo tomase la misma postura si la situación fuese a la inversa. Es por esa razón que me planteé, en algún punto, la idea de no aceptar esta propuesta, que llegó como caída del cielo debido a la mala situación económica que estamos atravesando.

Mi padre no puede más con los pagos de la hipoteca que solicitó para poder costear el tratamiento oncológico de mi madre. Mi hermana y yo aportamos gran parte de nuestro sueldo como secretarias para ayudarle con la deuda, pero ya no es suficiente, no después de que él tuvo que jubilarse de manera obligatoria por una lesión en la espalda, y ahora percibe menos ingresos.

Nos vamos a ir a la mierda si seguimos así.

Lo único que le agradezco a Dios, y lo que hace que todo valga la pena, es que mi madre está con vida. Ha superado el cáncer y cada día recobra más la alegría de vivir que la caracteriza.

Unas horas más tarde, estoy en el aeropuerto despidiéndome de mis padres; aquellos que lo han dado todo por mí y a los que ahora me toca corresponderles.

—Te voy a extrañar tanto, mi niña —me dice mamá con los ojos llorosos, acunando mi rostro entre sus delgadas manos—. No necesitas hacer esto, lo sabes.

—Ya está decidido, mami —respondo tranquila y con una sonrisa, aunque por dentro tengo muchas ganas de llorar—. Esto será solo por un tiempo, no para siempre.

—Eso espero. Aquí en México está tu familia.

Miro a mi padre, quien tiene una actitud taciturna desde hace días. Trato de despedirme de él.

—Ya me voy, papá, ¿no vas a decirme nada?

Recibo un gruñido por respuesta y desvía la mirada mientras se cruza de brazos. Él no está enterado de que Alexander es el dueño de la empresa donde voy a trabajar, pero sí sabe que es mi ex cuñado el que me ofreció un puesto importante.

—Disculpa a tu papá. Sabes que te adora, pero no está de acuerdo con esto. —Mi madre pone los ojos en blanco y luego me persigna. Yo no soy una persona muy devota, pero su bendición es muy importante para mí en medio de toda esta situación.

—Gracias, mamá. Te amo. —La abrazo con fuerza y grabo en mi mente el tranquilizador y delicado aroma de su perfume. Sin duda alguna, la extrañaré, pero este es el precio de haberle salvado la vida y lo voy a pagar con gusto.

Cuando la suelto miro a mi padre una vez más antes de irme, pero él sigue tenso, sin darme alguna señal de que se despedirá.

—Te amo a ti también, papá. —Me acerco y le doy un beso en la mejilla. Sé que esto le está doliendo muchísimo y por eso no me ofende que no me responda.

Doy media vuelta con mi maleta en la mano para entrar al aeropuerto. Ellos no pueden acompañarme más tiempo debido a que mi madre aún se siente débil tras su última quimioterapia.

—¡Mija! —me grita mi papá y yo sonrío con alivio antes de volverme y ser abrazada por él. Los ojos se me llenan de lágrimas y comienzo a sollozar—. Que Dios te acompañe, mi niña. Discúlpame por mi actitud.

—No tengo nada que perdonarte, papi —gimoteo—. Eres el mejor hombre del mundo y te prometo que esta situación se resolverá.

—Me pesa demasiado que tengas que hacer esto —dice soltándome. Él también está llorando, pero rápidamente se limpia las lágrimas con la manga de su chamarra, pues nunca le ha gustado llorar frente a los demás.

—Yo estoy haciendo esto con todo el amor del mundo —le aseguro—. No se preocupen por mí, que estaré muy bien.

Mi padre asiente y me da su bendición también, gesto que deja mi corazón totalmente en paz. Ahora, puedo emprender mi viaje con la seguridad de que todo estará bien y que en cuanto podamos pagar nuestras deudas, volveré.



Cuando el avión despegua y veo el asiento a mi lado, no



puedo evitar que se me forme un nudo en la garganta y que algunos recuerdos vengan a mi mente: hace casi cinco años ese asiento contiguo lo ocupaba el que, en ese entonces, era el amor de mi vida. La verdad es que no sé si mis emociones se deben a dejar atrás a mi familia, o volver a Londres después de tanto tiempo.

Alexander y yo nos conocimos cuando entré a mi primer empleo para poder costearme la universidad. Se hizo pasar por un empleado más para conquistarme, pero al final resultó ser el hijo del dueño de *AutoNation Autos*, una empresa automotriz inglesa bastante prestigiosa, que tiene filiales en muchos países.

Uno de esos países era el mío y precisamente mandaron a Alexander a hacerse cargo de esa filial en la que yo trabajaba en intendencia. Al trabajar en departamentos diferentes, no me di cuenta de inmediato de que él era el jefe.

Siempre me río al recordar lo mucho que me enojé al enterarme. No le hablé como por dos semanas, pero estaba tan enamorada y era tan ingenua que terminé perdonándolo y, cuando murió su abuelo y le heredó una gran fortuna, emprendí con él a la aventura de ayudarlo a fundar su empresa; una que, sorprendentemente, hoy en día supera con creces el capital de la empresa de su padre, del cual siempre quiso independizarse.

Fue así como apostó a un excelente camino: las redes sociales.

Después de diez horas de vuelo, el avión aterriza en el aeropuerto Heathrow a las ocho de la mañana de Londres. He procurado dormir pocas horas después del despegue para que no me afecte demasiado el cambio de horario, pero estoy un poco somnolienta cuando bajo del avión y hago todo

el engorroso proceso para salir.

Una vez afuera, me estremezco por el frío, aunque también por los nervios. Realmente estoy de vuelta, a punto de pisar la empresa del hombre que me rompió el corazón.

Por suerte no tengo que trabajar para él directamente, pero casi.

Solo espero que esto no sea un plan de James para reunirme con su hermano, que —por lo que sé—, está en una relación con Lisette, aquella “amiga que me abrió los ojos”.

—*Cuñadita!* —me grita una voz conocida a mi izquierda, en un español bastante malo.

Me echo a reír cuando veo a ese rubio acercarse con un letrero de bienvenida al revés; y a Anna, su esposa, pisándole los talones.

—Eso está al revés —le digo, señalando el cartel, cuando llegan hasta mí, y él voltea hacia abajo, girándolo rápidamente.

—Oh, mierda —murmura avergonzado.

—¡Valeria! —exclama Anna alzando los brazos, para luego abrazarme con cariño—. Te extrañamos mucho.

—Y yo a ustedes —respondo enternecida antes de abrazar también a James—. Gracias por venir a recogerme y por darme hospedaje en su casa.

—No tienes ni que decirlo. —Mi ex cuñado niega con la cabeza—. Eres parte de la familia.

Luego de charlar un poco más, nos dirigimos al auto de James, el cual está aparcado cerca de la entrada. Los tres nos subimos al auto y emprendemos el viaje hasta su casa, el cual no toma demasiado tiempo.

Al llegar y tras comer algo ligero, subo a la que será mi habitación y caigo sobre la cama, sin reparar mucho en la decoración, dado que estoy cansada.

Luego de unas horas de sueño, y una vez instalada en la hermosa habitación que me asignaron, me asomo por la ventana y miro el hermoso jardín. Estar aquí me encanta, y no solo por las comodidades que tengo, sino por la calidez de toda la casa, por el trato amable que James y Anna me dan. Los dos se han desvivido en atenciones para mí, tratándome como una hermana que vuelve a casa.

James dice que siempre voy a ser su cuñada y, sinceramente, no me preocupa que me vea de esa forma. Estoy tan segura de haber superado lo que pasó con Alexander que no me interesa o incomoda el que me llame cuñada.

—¿Te gusta tu habitación? —me pregunta Anna, recargada contra el marco de la puerta.

—Me encanta, de verdad agradezco mucho lo que están haciendo por mí —contesto con una enorme sonrisa.

—Deja de agradecer todo el tiempo. —Se ríe y corre para sentarse sobre la cama matrimonial. El edredón que la cubre es precioso, de color crema con detalles dorados—. Te queremos muchísimo.

—No puedo evitarlo. Ustedes son dos ángeles y también los quiero mucho.

—Somos dos ángeles que se van a poner furiosos si no te metes a la ducha de una vez y bajas a cenar. —Me saca la lengua y yo me río—. James se está luciendo con la cena, así que...

—Jamás rechazaría la comida y lo sabes —le recuerdo divertida.

—Ir contigo a un restaurante es una película de terror —se carcajea—. Comías tres veces más que Alexan... —se calla a la mitad de la frase para evitar incomodarme y yo niego con la cabeza, restándole importancia.

—Comía tres veces más que Alexander —termino la frase por ella—. No me incomoda que hables del pasado, está superado.

—¿De verdad lo superaste? —cuestiona impresionada—. Lo que tuvieron fue muy fuerte...

—Lo fue, pero ya se terminó. —Me encojo de hombros—. Ahora lo que quiero es trabajar para ayudar a mis padres y, ¿quién sabe? Quizás encontrar el amor.

—Mi cuñado fue un idiota por dejarte ir —masculla enojada—. Eres una gran mujer.

—Claro que lo soy —presumo con pretensión, pero luego me gana la risa—. Por eso tu esposo me quiere como asistente.

—Te agradezco que aceptaras el trabajo, así lo alejas de las zorras que lo andan acechando —dice furiosa, entornando los ojos.

—¡Hey! ¿Qué pasa con la sororidad que predicabas? —la reprendo.

—¡Ay, Vale! Es tan difícil. Muchas mujeres le coquetean a mi esposo y no puedo evitar enojarme —se queja y frunce el ceño. Un mechón de cabello rojo le cae sobre la cara y se lo coloca detrás de la oreja.

—James está loco por ti, no tienes nada de qué preocuparte —le aseguro y me acerco para sentarme también en la cama.

—Lo sé, pero...

—Pero nada, James es fiel, no como su *hermanito*... —mi voz suena un poco rencorosa y eso hace que los ojos azules de Anna se iluminen.

—¡Ahí está! ¡Te sigue doliendo lo que hizo! —exclama y yo la miro con los ojos entrecerrados.

—¿Acaso te alegra que sufra? —la acuso—. Pero no, Anna Banana, no me duele ya. Lo que sucede es que me purgan los hombres infieles.

—Ay, cómo extrañaba que me dijeras así —expresa con tono meloso y da pequeños saltos en la cama.

Después de unos minutos de conversar, Anna se retira de la habitación y me deja a solas para que me duche. Puedo olfatear el delicioso olor de la comida cuando voy a cerrar la puerta, e inhalo de forma profunda para identificar qué es.

Repito la inhalación. Aún tengo dudas al respecto, pero me parece que preparó *shepherd's pie*<sup>1</sup>, uno de mis platillos londinenses favoritos porque siempre me ha parecido que tiene un olor similar al mole.

Me relamo los labios al pensar en la comida, mientras me quito la ropa y la coloco sobre la cama; después, abro el primer cajón de la cómoda y saco mi ropa interior, para luego dirigirme al baño, el cual me encanta que sea exclusivo para mí; así descansaré un par de meses de tener que compartir el baño y de esperar a que el otro salga.

Aunque, en el fondo, también lo voy a extrañar, ¿para qué

---

<sup>1</sup> Plato típico de Gran Bretaña, hecho de carne molida de cordero y puré de papas. Se compone de una base de puré, el centro de carne molida y una corteza de puré de papá. En español se conoce como *Pastel del Pastor*.

me engaño? No tengo un día en Londres y ya extraño a mi familia.

Una vez en la ducha, disfruto del agua caliente que corre por mi cuerpo, comienzo a ponerme el champú, cerrando la llave por costumbre. Cuando la abro de nuevo, ni una sola gota de agua sale de la regadera y el pánico se apodera de mí.

—¡No, no puede ser! —grito, saliendo rápidamente de la ducha. Envuelvo mi cuerpo con la toalla, tomo la mariposa para el cabello que he colocado sobre el lavamanos y me lo sujeto para no regar tanto jabón por todas partes.

Atravieso la entrada del baño y me acerco a mi bolsa para sacar mi celular y llamar a Anna, pero no contesta; luego, llamo a James y tampoco hay respuesta, por lo que, resignada, me pongo una blusa de tirantes y un pantaloncillo que no me importa mojar. También me echo por encima de los hombros una toalla para no ser tan descarada; si bien, ambos me ven como una hermana, el pudor es algo que me caracteriza y lo último que quiero que vean son mis pezones erectos por el frío, que se notan a través de la blusa.

Bajo las escaleras soltando maldiciones y titiritando por el frío que me recorre de pies a cabeza. No quiero morir congelada y rezo por que estén en la cocina y me ayuden pronto.

—James, Anna, por favor... —comienzo a suplicar, sin fijarme en quienes están allí; sin embargo, al subir mis ojos veo a dos personas en la sala.

Me quedo de piedra, de la impresión al ver que no son mis amigos se me cae la toalla.

Conozco a esas dos personas... aunque no me agradan, precisamente.

Lisette me mira atónita, sus labios carmesíes dibujan una perfecta O que la hace ver muy cómica... El tono de labial me gusta y, como no le guardo rencor, pienso en preguntarle la marca y el tono. Tal vez me compre uno.

Mis ojos después se dirigen hacia el sujeto con el que iba a casarme: Alexander Radcliffe. Este no está boquiabierto como su novia, pero sí me recorre el cuerpo con una mirada que arde más que el mismo infierno, haciendo que se me quite el frío en ese instante. No estoy segura si sus ojos muestran odio o hambre.

El corazón se me acelera ante su escrutinio, no obstante, tengo que recordarme a mí misma que no debo parecer nerviosa. Todo está bien, ya no siento nada por ese idiota.

Sí, un idiota que está buenísimo con esos músculos que se marcan a través de su costosa y fina camisa de vestir oscura; con ese rostro perfecto, tallado por los mismos dioses y enmarcado por una corta y pulcra barba; y con sus ojos... ¡Madre de Dios! Esos ojos grises fueron mi delirio, y ahora mismo me comen entera, recordándome lo lujurioso que fue siempre conmigo... y con otras mujeres.

Termino con aquel descarado duelo de miradas y les ofrezco mi mejor sonrisa a ambos antes de recoger la toalla y ponerla sobre mis hombros de nuevo, como si nada hubiese sucedido.

Yo no hice nada malo, no tengo por qué salir corriendo. Faltaba más...

En todo caso, quienes deberían sentirse avergonzados son ellos, no yo; después de todo, no fui yo quien lo engañó, ni

tampoco fui yo quien aprovechó la oportunidad de quedarme con el ex de mi amiga, ¿verdad?

Las siguientes palabras que digo antes de que ellos salgan de su asombro son ridículamente hipócritas, pero son la mejor arma que tengo para defenderme de esta bochornosa situación.

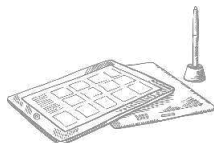
¿Qué mejor forma de demostrarle a ambos que no me importan ni un poquito?

—Buenas noches, Alexander, Lisette. Es un gusto volver a verlos.



## CAPÍTULO 2

### *Heartland*



James se dirige al patio a arreglar el problema cuando le pido ayuda, y, casualmente, el agua vuelve en menos de un minuto. Estoy furiosa con él por la maldita trampa que me ha puesto para que su hermano me mire casi en paños menores, pero tampoco estoy en condiciones de hacer un escándalo, así que lo dejo estar y finjo que no lo he notado.

Me termino de duchar y me visto de prisa con un pijama. No me voy a vestir de gala para cenar con ese par de cabrones que ni siquiera pudieron responderme el saludo de forma correcta. No tienen cara para mirarme después de haberse hecho pareja.

Suelto una carcajada al pensar en que lo más seguro es que se marchen.

¡Pero no! No se largan, ahora están en el comedor, esperando la cena. Camino muy relajada y aparto la silla para sentarme justo frente a mi ex, quien me observa atento, sin decir palabra alguna. Lisette está a su lado, muy incómoda.

—¿Qué pasa? ¿Les comió la lengua un ratón o qué? ¿No piensan saludar? —pregunto con tono bromista y Lisette parece relajarse un poco, sin embargo, no suelta el brazo de Alexander, como si este se le fuera a escapar apenas lo

suelte.

«*Pobre mujer*», pienso con lástima, sintiéndome afortunada de no vivir con esa ansiedad nunca más. Tener a un hombre como él, es motivo para vivir siempre asustada de que se acueste con otra.

Y lo digo con bases, a mí me lo hizo. No quiero imaginar cuántas veces ha engañado a Lisette y cuánto ha sufrido ella a sabiendas de ello. Puede ser una vil traidora, pero empatizo con ella.

—Hola, Valeria... ¿Cómo has estado? —pregunta tímida.

—¡Muy bien! —sonríó—. ¿Tú cómo estás? Por cierto, tu labial me encanta, te queda estupendo —la elogio de forma sincera. De verdad se ve guapa, no lo puedo negar; su nueva vida al lado de Alexander le ha servido para darse su mantenimiento.

—Eh... gracias.

—La cena está lista —canturrea Anna mientras me sirve un plato de comida deliciosa—. Ahora traigo lo demás, quería servirle primero a la invitada de honor.

—¡Por el amor de Dios! —grito sorprendida—. Hicieron mole, qué rico. —Doy pequeños saltos en mi silla mientras aplaudo.

Siento la mirada de Alexander sobre mí todavía, pero lo ignoro. No voy a ocultar mi naturaleza de barril sin fondo solo porque está él. Nunca lo hice, no lo voy a hacer ahora que no es nada mío.

—¿Vienes a Londres a comer comida mexicana? —inquire Alexander, puedo detectar un leve sarcasmo en su voz.

—Yo nunca he sido quisquillosa con la comida. Tal vez no lo recuerdes —le respondo sonriéndole con indiferencia—, mientras la comida esté rica, comeré lo que me pongan. —Llevo un bocado a mis labios y hago soniditos un tanto vulgares cuando el increíble sabor toca mi lengua.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar aquí? —espeta Alexander de repente. Su voz sigue siendo tan sensual como la recuerdo y faltó poco para sonrojarme al recordar las cosas que me decía cuando estábamos juntos, siempre me deleitó su acento británico, cada que abría la boca me ponía a mil. *«Ok, creo que ya llevo mucho tiempo sin sexo. Calma esas hormonas, Valeria»*, me reprendo en mi mente. Ese hombre tiene solo unos minutos frente a mí y ya me estoy calentando.

—Unos meses. —Me encojo de hombros—. A lo mucho un año.

—¿Viniste a trabajar? —cuestiona Lisette, claramente nerviosa por la información.

—Así es. No vine aquí a vacacionar, aunque la idea es tentadora —me río—. Londres es hermoso.

Sin importarme nada los modales, me dedico a comer con mucho entusiasmo, no solo está delicioso, sino que me doy cuenta que, de verdad, estoy hambrienta; no puedo contener los gemidos de satisfacción cada vez que el sabor de la comida invade mi boca.

—Esto está delicioso —expreso feliz. Veo de reojo cómo Alexander traga saliva y mira hacia el techo, incómodo a morir. ¡Ah sí! Se me olvidaba que tenía un fetiche con mi ruido al probar algo delicioso. No pocas veces me interrumpió en

medio del almuerzo para hacerme el amor como si no hubiera un mañana. Qué días aquellos...

—¿No hay empleo en tu país acaso? —inquire mi ex amiga con un ligero tono mordaz, lo cual me saca de mis pensamientos pecaminosos.

—Sí lo hay, pero aquí me ofrecieron un buen puesto, ¿lo iba a desaprovechar? Claro que no —respondo tranquila, sin ofenderme por su pregunta. Entiendo lo celosa que está y sé que su pregunta no se trata de discriminación; a ella no le importa de dónde vengas, te tratará como le caigas.

—¿Y en dónde vas a trabajar? Si se puede saber...

—Ya deja de hacer preguntas, Lisette —la regaña Alexander, mirándola por primera vez desde que nos encontramos.

—¿Podrían dejar de hablar de trabajo? No sean aburridos —se queja James cuando sale de la cocina y yo asiento, dándole la razón.

—La verdad es que sí, que pereza da hablar de trabajo —gruño, aunque por dentro me cuestiono por qué James no ha permitido que se lo diga.

—Una disculpa, no pretendía incomodarte —miente Lisette.

—No me incomodas, tranquila —le dedico una sonrisa afable y luego me dirijo a ambos para aclarar las cosas de una vez por todas—. Quiero decirles que su presencia aquí ni me inquieta ni me pone incómoda. De hecho, me alegra verlos y saber que están muy bien juntos. Los felicito, son una linda pareja.

Son tal para cual, traidores a su manera. No me queda más que alegrarme por ellos de corazón.

—¿De... de verdad? —tartamudea ella muy incrédula.

—Claro que sí —le aseguro—. Lo que pasó quedó en el pasado y no guardo ningún rencor.

Luego de aclarar las cosas, la cena transcurre de forma amena para todos, excepto para Alexander, que sigue tenso y me lanza miradas furibundas cada que hablo, sobre todo cuando respondo que soy felizmente soltera, pero que no descarto encontrar de nuevo el amor.

La verdad ya no puedo con su mal rollo y me termina doliendo el estómago a pesar de estar disfrutando muchísimo de la cena.

Él fue el que se equivocó, ¿por qué demonios me mira como si fuera la mala del cuento? Yo intento ser buena onda, pero, si sigue así, lo mandaré directo y sin escala al carajo por segunda vez.

Cuando por fin dan indicios de irse siento un alivio inmenso en todo mi ser.

Alexander es el primero que se marcha a su camioneta. Lisette se queda conmigo en el umbral de la puerta.

—De verdad estoy aliviada de que no estés enojada conmigo —me dice antes de despedirse con un beso en la mejilla. Trato de no poner los ojos en blanco ante su hipocresía y mantengo una actitud relajada—. Dudé mucho en aceptar estar en una relación con Alex, él se enamoró de mí y no pude evitarlo, yo también.

—No tienes por qué darme explicaciones —le aclaro—. Ustedes son dos personas adultas y saben lo que hacen. Mi historia con Alexander es solo eso: historia, algo que ya pasó.

—Gracias, Vale. Eres una gran mujer.

—Te agradezco tus palabras —contesto sin poder decir lo mismo de ella.

Cuando se va cierro la puerta y, al darme la media vuelta, James y Anna me miran de forma extraña.

—¿Qué te pareció nuestra sorpresa? —inquire mi ex cuñado.

—¡Me encantó la cena! —exclamo haciéndome la tonta. Sé que en realidad no se refieren a la cena, pero ni loca me pondré en evidencia—. Vaya a donde vaya, siempre amaré la comida mexicana, lo llevo en la sangre.

—Sabes que no hablamos de eso —gruñe Anna, poniéndose las manos en la cintura.

—¿Ese par eran mi sorpresa? —Señalo hacia atrás con el pulgar y me echo a reír—. Lisette fue agradable, pero Alexander es un tipo insoportable, ¿qué rayos le pasó?

—¿Todavía lo preguntas? —James me mira como si fuera una obviedad lo que estoy preguntando.

—Sí, sí lo pregunto, porque no entiendo.

—Valeria —mi amiga pronuncia mi nombre a modo de regaño—. Alexander casi se muere cuando lo dejaste, eras toda su vida. Aún no se recupera, es un ser sin alma desde entonces.

—Claro, toda su vida —la interrumpo con incredulidad, sintiendo un nudo en la garganta—. Si él me hubiese amado me habría respetado, no se habría acostado con otra.

—Eso de que se acostó con otra todavía no lo creo —lo defiende James.

—Lo dices porque eres su hermano, pero yo lo vi con estos ojos —discrepo mientras me los señalo.

—Quizá fue una trampa...

—James, Anna, por favor ya basta —les pido con voz suave. Han logrado que me sienta muy incómoda—. Mi relación con él acabó, es una herida que me costó sanar y que no dejaré que nadie vuelva a abrir. Hoy en día vivo tranquila y espero que respeten eso.

Mis amigos se miran entre ellos y luego a mí con mucha pena.

—Lo siento, Vale. No debimos presionarte —se disculpa Anna.

—Perdón, cuñadita, ¡oh! Debería decir, ex *cuñadita* —James sonrío de manera triste.

—Me puedes decir *cuñadita*, no tengo problema con eso —le explico—. Pero sí te pido que no hagas cosas para intentar que ocurra algo entre Alexander y yo, porque eso no va a pasar. Él está en una relación con otra persona, y yo no soy esa clase de mujer.

—De acuerdo. —Asiente, comprendiendo mis deseos.

—Gracias por entender y por todo lo que hacen por mí. Los amo, chicos.

—Nosotros a ti —dice Anna—. Siempre seremos tu familia, ya lo sabes.

—Lo sé, y ustedes la mía.



Termino de maquillarme en el tocador y sonrío al ver que

el labial que Anna me regaló me queda increíble. Es un color que no sé si es naranja o marrón, pero me fascina.

Mi cabello tiene un tono rubio cenizo —hace meses mi hermana me convenció de pintarlo— luce brillante y hermoso, con unas ondas delicadas que caen sobre mis pechos; mis ojos color miel están enmarcados por unas gruesas pestañas que alargué por el rímel, otra cortesía de mi Anna Banana.

Me veo perfecta y estoy lista para mi primer día de trabajo.

Me levanto del banco del tocador y voy hacia la cama para tomar la pequeña y discreta bolsa que llevaré. Ahí solo tengo mi celular y mi cartera; no necesito llevar nada más porque, según James, todo se me va a proporcionar en la empresa.

—¡Te ves espectacular! —me alaba James mientras me toma de la mano para que gire sobre mis pies cuando llego al piso de abajo.

Anna levanta los dos pulgares en señal de aprobación por mi atuendo, que consiste en una blusa de botones color oro rosa, una falda lápiz blanca y zapatillas de aguja que combinan con la blusa.

—Eres una diosa. Me haces dudar de mi sexualidad. — Anna me lanza un beso y yo suelto una carcajada.

—Cómo te amo, loquita —digo en respuesta y le mando un beso de vuelta.

—Joder, que me voy a poner celoso —mi ex cuñado nos sigue la corriente. Definitivamente, adoro a este par.

—Pues con justa razón porque Vale está que arde —las palabras coquetas de mi amiga me hacen sonrojar, pero sigo riéndome, disfrutando al máximo de la compañía de ambos.

—Okay, antes de que terminen en una aventura lésbica,



mejor nos vamos al trabajo, Vale —me dice James.

Los dos nos despedimos de Anna; su esposo la besa con adoración, haciéndome sentir un poco de nostalgia al recordar cuando alguien me besaba de la misma manera...

Sacudo la cabeza para sacarme a Alexander de la mente. Suficiente tengo con haber sido sorprendida anoche por un sueño erótico con él, producto de todo el tiempo que llevo sin nada de nada.

Él fue el primero y el último que me tocó, y me siento muy avergonzada por eso. Al principio fue el despecho, no toleraba la idea de estar con otro hombre, pero después de eso, hubo una temporada en que pude buscarme a alguien, sin embargo, no le di importancia. En cierto modo, siento vergüenza porque a ratos pareciera que me estoy guardando para el idiota ese.

De verdad necesito con urgencia encontrar a alguien más y dejar de ser "virgen".

Virgen de Alexander.

Me río al pensar en ese calificativo que me he puesto a mí misma, y James me mira extrañado cuando se sube al auto.

—¿Me quieres contar el chiste? —pregunta divertido.

—Nada, es solo que no me acostumbro al volante a la derecha.

—Viviste más de un año aquí, a mí no me engañas. Pero, está bien, no te pregunto más, con el tiempo lo sabré —su tono de voz tiene un deje de misterio. Seguro que ha advertido que estaba pensando en su hermano y eso me hace maldecir dentro de mi mente.

James conduce por las calles de Londres de forma ágil y yo

voy por la ventana observando con fascinación todos los edificios, sobre todo el Big Ben, el reloj más icónico de Inglaterra y el más grande del mundo.

—¿No te gustaría vivir aquí? —me pregunta mi amigo cuando estamos por llegar a la empresa—. Veo que te encanta la ciudad.

—No —respondo de inmediato—. Me encanta estar aquí, pero quiero regresar con mi familia, sobre todo con mi mamá.

—Admiro profundamente a Silvia, es una mujer muy fuerte —expresa con una sonrisa cargada de cariño.

—Lo es, es muy fuerte y valiente —coincido—. La amo y estoy agradecida con la vida de aún tenerla a mi lado.

Minutos después, mi corazón late fuerte porque llegamos al imponente edificio de Heartland. Es de esos edificios cubiertos casi en su totalidad por grandes ventanales oscuros, haciéndolo parecer una clase de fortaleza moderna y no me gusta. Este no era el concepto de edificio que Alexander y yo teníamos en mente, pensábamos en algo más sencillo y que tuviera jardines, lo cual no veo por ninguna parte. Solo hay asfalto y más asfalto en el estacionamiento.

Me reservo mis comentarios sobre el lugar y me bajo del auto, cerrando fuerte la puerta porque me siento indignada.

Siento como... como si hubiesen destrozado el sueño de mi vida.

—¿Ocurre algo? —cuestiona James. Ambos nos encontramos bajo la entrada techada del edificio y siento un frío que me cala los huesos, así que me pongo el abrigo que traigo conmigo.

—No, ¿por qué?

—Cerraste fuerte la puerta, estás enojada. Te conozco como si fueras mi hermana, más bien, lo eres.

—Después hablamos de eso —le prometo—. Ahora vamos a trabajar.

—¡Me encanta esa actitud, vamos!

A pesar de que el exterior me molesta mucho, no puedo decir nada sobre el interior, que es bastante colorido. Las personas que caminan de aquí para allá están vestidas de forma tan casual que me siento ridícula por el atuendo formal que me ha indicado James que traiga.

—No te preocupes —me susurra este al oído, notando mi estado de ánimo—. Los demás días podrás venir más cómoda, hoy tendremos una reunión importante.

Después de esto, avanzamos con paso seguro hacia la recepción, donde una persona conocida nos atiende.

—¿Valeria?! —exclama la morena levantándose de golpe de su asiento. Parece que va a sufrir un infarto, pero de felicidad.

—¡Hola, Samantha! —respondo al saludo con entusiasmo y ella grita mientras sale del mostrador de mármol para venir a abrazarme.

—¡No puedo creerlo! —grita eufórica, moviéndose de un lado a otro sin soltarme— ¿Por qué no me avisaste que vendrías?

—Era una sorpresa para todos —interviene James, quien nos sonrío de forma cariñosa. No me pasa desapercibido el “para todos” y voy a hablar de eso con él en su oficina.

Samantha corta el abrazo, pero me toma de las manos.

—Dime que has arreglado tus problemas con el jefe. Sería maravilloso —implora con los ojos brillantes de emoción y tengo que contener las ganas de reír.

—Mis problemas con él están solucionados desde hace mucho tiempo —contesto—. Y me alegra que ahora esté en una relación.

—Oh no, no me digas que no volvieron. —Hace un puchero de tristeza—. Eran la mejor pareja de este mundo, y todo en la empresa era estupendo cuando estaban juntos.

—Yo creo lo mismo —opina James soltando una risita.

—Ahora el jefe escasamente aparece por aquí y, cuando viene, nos quiere asesinar a todos —me cuenta estremeciéndose—. James hace lo que puede, se convirtió casi en el presidente de esta compañía.

—¿Es eso verdad? —pregunto incrédula y mi ex cuñado asiente.

—Así es, no viene muy seguido —confirma—. Y si llega a venir es para cobrar su cheque mensual, cerrar tratos muy grandes y sobre todo para querernos matar por nimiedades. Tal y como dijo Anna, es un ser sin alma desde que lo dejaste.

—Creo que exageran, no puedo creer lo que me dicen. —Pongo los ojos en blanco, aunque muy en el fondo siento lástima.

¿Qué necesidad tiene Alexander de volverse una persona horrible? Se equivocó, sí, pero la vida sigue y es de humanos errar. Pese a lo que me hizo, admito que siempre fue una persona amable, educada y respetuosa. Es por eso que me enamoré de él en el pasado.

Y porque está más que bueno, no lo puedo negar.

—Por eso te necesito, no puedo yo solo con todo esto — confiesa James—. Mi antigua asistente renunció porque Alex casi la asesina por derramar un maldito café sobre mi escritorio.

—Pobrecita —susurro apenada.

—Bueno, ahora te voy a dar un tour por las instalaciones. No conoces este lugar por obvias razones.

—¡Claro! —acepto encantada, tratando de olvidar el tema de Alexander.

James me lleva por todo el edificio y quedo gratamente sorprendida al ver la calidez de la decoración de las instalaciones. Los empleados parecen felices y cómodos trabajando; pues, además de las oficinas, hay salas de recreación, cafeterías y salas comunes para descansar.

Hay una gran cultura corporativa, lo cual es extraño, dado que tienen un jefe tirano según los rumores, porque eso son para mí: rumores. Me cuesta mucho creer que Alexander sea un energúmeno.

Además de Samantha, hay otras personas más que me conocen y la cara se les ilumina al pensar que he vuelto con Alexander, solo que al poco rato se oscurecen al romperles su ilusión cuando les aclaro la situación.

—Parece que todos aquí quieren que me case con él —digo exhausta cuando por fin llegamos a su amplia y lujosa oficina.

James se quita el saco y lo pone sobre el respaldo de su silla giratoria de piel. Me entran unas ganas inmensas de sentarme en esta a contemplar por horas la ciudad que puede verse a través de los grandes ventanales.

—Porque eso fue lo que debió pasar, *cuñadita*. Ustedes debieron casarse.

—Ya sabes por qué no sucedió —le recuerdo tratando de no perder la calma.

—Él te amaba. Puedo apostar toda mi fortuna a que te sigue amando y que tú también lo amas aún.

—Yo no puedo responder por él, pero sí puedo hacerlo por mí —suspiro—. Alexander para mí es pasado, me costó mucho dejar de amarlo porque fue muy importante para mí, pero lo logré.

—Jum... Qué raro, ¿acaso no lo dejaste de amar antes de que te engañara? Eso fue lo que me dijo él y por eso dejó que te fueras.

Me río de una manera irónica por la ingenuidad de James.

—Estaba dolida por el engaño, ¿qué querías que dijera? — Mi amigo se queda boquiabierto ante mi confesión.

—Entonces lo amabas...

—¡Claro que lo amaba! Él era todo para mí.

En ese momento, las puertas de la oficina se abren de forma violenta y me sobresalto al ver a un iracundo Alexander con el rostro deformado por la furia.

—¿Por qué demonios estás ocupando mi ofici...?! —comienza a gritarle a su hermano, no obstante, se calla de forma abrupta cuando me ve.

Sus facciones no se relajan, pero su mirada me recorre de pies a cabeza, poniéndome más nerviosa de lo que ya estaba por su impetuosa entrada.

—Me disculpo por ocupar tu oficina, pero, dado que nunca

te apareces, yo tengo que hacerla de presidente —dice James con sorna.

—¿Qué hace ella aquí? —cuestiona Alexander sin despegar la vista de mi cuerpo. Aquello me confirma lo que ya sospechaba: él no tiene ni idea de que me contrataron.

—Qué bueno que lo preguntas, hermanito —se ríe—. Te presento a Valeria Díaz, la nueva asistente de vicepresidencia y que, casualmente, es la novia que te amaba cuando te dejó. Me lo acaba de decir.

Los ojos se me abren como platos al escuchar sus palabras y me vuelvo de forma lenta hacia él, con ganas de ahorcarlo.

Voy a matar a James, lo amo, pero lo voy a matar.

—¿Es eso cierto? —cuestiona el presidente bastante interesado a pesar de su enojo.

Respiró profundo y lo miro a los ojos, los cuales parecen ansiosos por saber la respuesta. No tengo por qué mentirle más. Después de todo, lo nuestro terminó, ya todo quedó en el pasado y no me duele admitirlo.

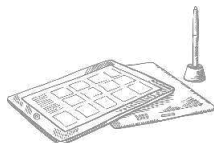
—Sí, Alexander —digo con firmeza—. Yo te amaba, pero ya no tiene importancia porque... —guardo silencio un momento para darme valor, pues, por algún motivo, me cuesta decírselo a la cara—. Ahora ya no te amo.





## CAPÍTULO 3

### *Señor Mecha Corta*



Cuando me dijeron que Alexander era un tirano no estaban mintiendo. Después de decirle que no lo amaba se puso como loco y nos corrió de la oficina casi a patadas.

Mis ovarios están encogidos de miedo ante los gritos de ese salvaje, que al parecer está destruyendo en mil pedazos su oficina, a juzgar por los ruidos horribles que se escuchan.

—Este hombre va a sufrir de un infarto si sigue así, ¿vas a dejar que continúe? —le pregunto a James mientras caminamos hacia su verdadera oficina, la cual está hasta al otro lado del pasillo.

—No puedo decirle o impedirle algo, es el dueño —suspira—. La única persona que lo podría sacar de ese estado eres tú, y resulta que acabas de decirle las peores palabras que pudiste haber encontrado.

—¿Estás insinuando que es mi culpa? —Estoy ardiendo de indignación. Esto es lo único que me falta, que todos crean que su carácter de mierda se debe a mí

—No lo estoy insinuando, es un hecho —repite tenso, mientras abre la puerta de su oficina para dejarme pasar.

La oficina de vicepresidencia es más pequeña, pero más

acogedora. También hay un escritorio destinado para mí a unos cuantos pasos del escritorio principal que, al igual que la otra oficina, tiene un ventanal con vista a Londres.

—No es mi culpa, James. Solo le dije la verdad —me defendiendo.

—Lo sé —trata de sonreírme, pero es evidente su tristeza y preocupación ante la actitud de su hermano—. No tienes la culpa por ya no amarlo, pero sí por decírselo porque es un golpe muy bajo para él.

—¿Por qué? —me atrevo a preguntar—. ¿Por qué le afecta tanto?

—Valeria, no puedo creer que hasta el día de hoy no comprendas lo que significabas para él. —Me mira consternado antes de continuar—. Lo peor que le ha podido pasar es que dejaras de quererlo, él mismo me lo dijo cuándo te fuiste. No sabes la infinidad de noches que lloró por haberte perdido, y Lisette lo ayudó a salir de ese bache, pero es obvio que no volvió a ser el mismo.

—Lo siento mucho por él —murmuro. Trato de que no me afecte, pero lo hace y no puedo evitar sentirme muy mal. A pesar de todo, no lo odio, al menos ya no; aunque por otro lado, tampoco es justo que me echen la culpa de eso, no fui yo la que estaba en la cama con otro hombre—. Sin embargo, no puedo sentirme culpable, él me engañó. Ojalá que algún día reciba ayuda y pueda superarlo, porque nunca podrá vivir en paz.

—Ojalá, cuñadita, ojalá. —Sacude la cabeza y recupera su actitud normal. Se frota las manos y me indica que es hora de trabajar.

¡Al fin voy a hacer lo que me interesa y para lo que he venido!

Me acomodo en mi escritorio, donde se me ha puesto una computadora, un teléfono alámbrico y una agenda con un bolígrafo hermoso, regalo de bienvenida de mi cuñadito. Este me da las indicaciones de lo que tengo que hacer, que básicamente es agendar reuniones, encargarme de sus almuerzos, comunicarlo a otras áreas de la empresa por el intercomunicador; también voy a acompañarlo a sus reuniones fuera de la empresa o las llevadas a cabo en la sala de juntas para tomar apuntes, entre otras funciones.

En definitiva, tendré más actividades que las que tenía en México siendo secretaria de un traumatólogo —al que estimo muchísimo y que, si soy sincera, voy a extrañar—. Es una persona hermosa, fácil de tratar y, sobre todo, fiel a su compañera de vida desde hace más de treinta años: su *señora esposa*, como él le dice. Tengo las puertas abiertas en su consultorio cuando decida regresar, y claro que lo haré, pero también voy a disfrutar de este trabajo que promete ser movido e importante.



La mañana transcurre de manera tranquila y sin más sobresaltos. Alexander se ha ido de la empresa después de destruir su oficina, lo que me molesta muchísimo porque las pobres personas de intendencia tendrán que levantar semejante desastre.

James me escucha atento cuando le sugiero algunas estrategias para que la comunicación interna de la empresa sea más oportuna, rápida y segura, ya que, como la buena licenciada en comunicación que soy, detecto algunas fallas en esta cuestión, que existen desde antes de que yo me marchara.

—¡Esa idea de nuestra propia aplicación para enviar la información es muy buena! —exclama mi amigo—. Aunque faltaría ver si Alex lo aprueba, él es reacio a las ideas de los demás.

—Pero dices que eres el presidente básicamente. No tendría por qué importarle.

—Oh, claro que sí le importa —me contradice—. No viene a la empresa casi nunca, pero yo no puedo mover un peón del tablero sin consultárselo.

—¿Y piensas que voy a creerte cuando me contrataste sin decírselo? —Entrecierro los ojos y él suelta una carcajada que lo hace toser.

—Eso es lo único que he hecho sin su permiso porque sabía que no me haría nada —dice con cinismo—. Ese hombre te adora, y aunque ya no sea el mismo, no va a despedirte por más que le grites a la cara mil veces que no lo amas.

—Ya no se lo voy a decir nunca más —gruño—. Si lo hago, terminará arrasando con todos los activos tangibles de esta empresa, comenzando por nuestros escritorios.

—Comienzas a entender, cuñadita —vuelve a reírse—. Bueno, ahora tenemos que ir a la reunión tan importante que te comentaba, ¿ya terminaste con las carpetas?

—Listas. —Doy unas palmaditas a la montaña de carpetas